

26.º domingo ordinario C

Practica la justicia, la religión, la fe, el amor, la paciencia, la delicadeza. Combate el buen combate de la fe. Conquista la vida eterna a la que fuiste llamado. (1 Tm 6,11-12)



Primera lectura

Amós 6,1a.4-7

Esto dice el Señor todopoderoso: – ¡Ay de los que se fían de Sión, confían en el monte de Samaria! Os acostáis en lechos de marfil, tumbados sobre las camas, coméis los carneros del rebaño y las terneras del establo; canturreáis al son del arpa, inventáis, como David, instrumentos musicales, bebéis vinos generosos, os unguís con los mejores perfumes, y no os doléis de los desastres de José.

Por eso irán al destierro, a la cabeza de los cautivos. Se acabó la orgía de los disolutos.

Segunda lectura

1 Timoteo 6,11-16

Hermano, siervo de Dios: Practica la justicia, la religión, la fe, el amor, la paciencia, la delicadeza. Combate el buen combate de la fe. Conquista la vida eterna a la que fuiste llamado, y de la que hiciste noble profesión ante muchos testigos. Y ahora, en presencia de Dios, que da la vida al universo, y de Cristo Jesús, que dio testimonio ante Poncio Pilato, te insisto en que guardes el mandamiento sin mancha ni reproche, hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo, que en tiempo oportuno mostrará el bienaventurado y único Soberano, Rey de los reyes y Señor de los señores, el único poseedor de la inmortalidad, que habita en una luz inaccesible, a quien ningún hombre ha visto ni puede ver.

A él honor e imperio eterno. Amén.

Evangelio

Lucas 16,19-31

En aquel tiempo dijo Jesús a los fariseos: – Había un hombre rico que se vestía de púrpura y de lino y banqueteara espléndidamente cada día. Y un mendigo llamado Lázaro estaba echado en su portal, cubierto de llagas, y con ganas de saciarse de lo que tiraban de la mesa del rico, pero nadie se lo daba. Y hasta los perros se le acercaban a lamerle las llagas. Sucedió que se murió el mendigo, y los ángeles lo llevaron al seno de Abrahán. Se murió también el rico y lo enterraron. Y estando en el infierno, en medio de los tormentos,

levantando los ojos, vio de lejos a Abrahán y a Lázaro en su seno, y gritó: – Padre Abrahán, ten piedad de mí y manda a Lázaro que moje en agua la punta del dedo y me refresque la lengua, porque me torturan estas llamas.

Pero Abrahán le contestó: – Hijo, recuerda que recibiste tus bienes en vida, y Lázaro a su vez males; por eso, encuentra aquí consuelo, mientras que tú padeces. Y, además, entre nosotros y vosotros se abre un abismo inmenso, para que no puedan cruzar, aunque quieran, desde aquí hacia vosotros, ni puedan pasar de ahí hasta nosotros.

El rico insistió: – Te ruego entonces, padre, que mandes a Lázaro a casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que, con su testimonio, evites que vengan también ellos a este lugar de tormento.

Abrahán le dice: – Tienen a Moisés y a los profetas: que los escuchen.

El rico contestó: – No, padre Abrahán. Pero si un muerto va a verlos, se arrepentirán.

Abrahán le dijo: – Si no escuchan a Moisés y a los profetas, no harán caso ni aunque resucite un muerto.

Meditación

El tema de la parábola es muy simple. Habla de un rico que se goza en su fortuna (material, intelectual o religiosa) mientras deja que a su lado muera un pobre hambriento, enfermo y solo. En el fondo, el que se jacta como rico es ante Dios y en realidad un pobre. Lógicamente, su vida acaba en el sepulcro, que es el "hades" o el infierno del fracaso. Por el contrario, el pobre estaba abierto a la grandeza de Dios, que se preocupa de todos los enfermos y perdidos de la tierra; por eso, con la muerte se desvela su tesoro allá en el seno de Abraham, que es cumplimiento de todas las promesas.

Sobre ese fondo se transmite el diálogo que Abraham sostiene con el rico. Supone el rico que su muerte se debe a la ignorancia. Desde el mundo no se sabe lo que pasa. Por eso ruega que se avise a sus parientes en la tierra la verdad de la pobreza y la riqueza. La respuesta del patriarca es inflexible: basta con Moisés y su palabra. Si no convence su verdad tampoco servirá ningún milagro que se puede hacer sobre la tierra. Aparentemente choca en la parábola el sentido que se ha dado a la riqueza y la pobreza de tal forma que algunos han llegado a suponer que la condena del rico se ha debido únicamente al hecho de sus bienes. Pero al rico no se le condena en general por su riqueza sino por el hecho de que no ha sabido recibir la vida como un don y no ha ofrecido su ayuda al pobre enfermo hambriento que se consume precisamente al lado de su puerta. No es pecado la riqueza tomada por sí misma; pero es pecado la riqueza que permite que los pobres mueran, es pecado la falta de solidaridad que divide a los hombres y consiente que los unos naden en la abundancia mientras los otros se consumen en su mundo de hambre y de miseria.

Del rico se asegura que bajó al infierno. Esto significa que su vida ha terminado en el fracaso. Se ha encerrado en su interés y en su riqueza de tal forma que al llegar ante la luz de Dios, que es don de amor, se encuentra inútil y vacío, condenado. En este aspecto, la condena no significa un castigo de Dios que se impone y dicta su juicio arbitrario al final de nuestra vida; condena es el final del hombre que ha elegido una forma de existencia que es contraria al misterio de Dios y de la vida, quedarse sin la gracia del amor de Dios que salva, quedarse sin encuentro de amor hacia los otros.

Del pobre se nos dice que entregó su vida en manos de los ángeles de Dios, que son el signo de su amor, de su palabra y de su influjo en nuestra vida. Le llevaron hasta el seno de Abraham, es decir, hasta el lugar del cumplimiento de todas las promesas de Israel, hasta el banquete del reino y de la gracia. El pobre no se salva simplemente porque ha sido desgraciado sobre el mundo; se salva porque estaba abierto a Dios y deja que le influya la fuerza de su amor y de su gracia.